

Columna Católica

Oscar Blanco Martínez O.M.D.
Obispo de Punta Arenas

Esta semana hemos visto caer la primera nieve del año en nuestra querida tierra magallánica. Es un signo claro de que el invierno se acerca, con su frío y su silencio, pero también con su belleza que invita al recogimiento. Al mismo tiempo, como Iglesia, celebramos la Solemnidad de la Ascensión del Señor, ese momento en que Jesús, luego de su resurrección, asciende al cielo ante la mirada de sus discípulos. Pero no se va para alejarse, sino para abrirmos el camino y enviarnos una misión: "ustedes son testigos de esto".

La Ascensión no es un punto final, sino un envío. Jesús nos confía su obra: anunciar la esperanza, construir la paz, vivir con verdad. Y ahí es donde la nieve y el Evangelio se encuentran. Así como el clima nos recuerda que hay ciclos que debemos acoger con paciencia, también nuestra fe nos recuerda que hay una misión que no podemos posponer.

"Con la mirada en el cielo y los pies en la tierra"

- Evangelio según San Lucas 24,46-53

En medio de esta contemplación, no podemos ignorar la realidad que nos rodea. En estos días hemos sido testigos de noticias dolorosas: miles de licencias médicas falsas, aprovechamientos injustos que dañan la confianza y afectan a los más vulnerables del sistema. ¿Qué nos está pasando como sociedad, cuando se normaliza la mentira y el engaño? ¿No será que nos falta volver a mirar al cielo y recordar que estamos llamados a algo más alto?

También hemos sabido de nuevos intentos por impulsar un proyecto de aborto libre hasta las 14 semanas de gestación. Como creyentes, y más aún como ciudadanos responsables, no podemos quedarnos indiferentes. Toda vida humana, desde su inicio, merece ser acogida, protegida y valorada. Defender la vida no es imponer una idea, es cuidar el futuro

de nuestra humanidad, especialmente cuando se trata de los más pequeños e indefensos.

En este Año Jubilar de los Peregrinos de la Esperanza, estamos invitados a levantar la cabeza, no para escapar de la realidad, sino para descubrir en Cristo resucitado nuestra fuerza y nuestro norte. Él no nos deja solos: nos anima a ser testigos, en medio de nuestras fragilidades, de que el bien aún es posible.

Que esta nieve que cae nos recuerde la pureza de corazón a la que estamos llamados. Que el Evangelio de la Ascensión nos impulse a vivir con esperanza. Y que, como peregrinos de esta tierra magallánica, sigamos caminando con los ojos en el cielo, pero con los pies firmes en el suelo, trabajando por una sociedad más justa, más fraterna y más fiel al Evangelio de la vida.